

## "Rimas", de Gustavo Adolfo Becquer (Español. 1836-1870)

I

Yo sé un himno gigante y extraño  
Que anuncia en la noche del alma una aurora,  
Y estas páginas son de ese himno  
Cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre  
Domando el rebelde, mezquino idioma,  
Con palabras que fuesen a un tiempo  
Suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra  
Capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh hermosa!  
Si, teniendo en mis manos las tuyas,  
Podría, al oído, cantártelo a solas.

II

Saeta que voladora  
Cruza, arrojada al azar,  
Y que no se sabe dónde  
Temblando se clavará;

Hoja que del árbol seca  
Arrebata el vendaval,  
Y que no hay quien diga el surco  
Donde al polvo volverá;

Gigante ola que el viento

Riza y empuja en el mar,  
Y rueda y pasa y se ignora  
Qué playa buscando va;

Luz que en cercos temblorosos  
Brilla, próxima a expirar  
Y que no se sabe de ellos  
Cuál el último será;

Eso soy yo, que al acaso  
Cruzo el mundo, sin pensar  
De dónde vengo, ni adónde  
Mis pasos me llevarán.

III

Sacudimiento extraño  
Que agita las ideas,  
Como huracán que empuja  
Las olas en tropel;

Murmullo que en el alma  
Se eleva y va creciendo,  
Como el volcán que sordo  
Anuncia que va a arder;

Deformes siluetas  
De seres imposibles;  
Paisajes que aparecen  
Como al través de un tul;

Colores que fundiéndose

Remedan en el aire

Los átomos del iris,

Que nadan en la luz;

Ideas sin palabras,

Palabras sin sentido;

Cadencias que no tienen

Ni ritmo ni compás;

Memorias y deseos

De cosas que no existen;

Accesos de alegría,

Impulsos de llorar;

Actividad nerviosa

Que no halla en qué emplearse;

Sin rienda que lo guíe

Caballo volador;

Locura que el espíritu

Exalta y desfallece,

Embriaguez divina

Del genio creador...

¡Tal es la inspiración!

Gigante voz que el caos

Ordena en el cerebro,

Y entre las sombras hace

La luz aparecer;

Brillante rienda de oro

Que poderosa enfrena  
De la exaltada mente  
El volador corcel;

Hilo de luz que en haces  
Los pensamientos ata;  
Sol que las nubes rompe  
Y toca en el cenit;

Inteligente mano,  
Que en un collar de perlas  
Consigue las indóciles  
Palabras reunir;

Armonioso ritmo,  
Que con cadencia y número  
Las fugitivas notas  
Encierra en el compás;

Cinzel que el bloque muerde  
La estatua modelando,  
Y la belleza plástica  
Añade a la ideal;

Atmósfera en que giran  
Con orden las ideas,  
Cual átomos agrupa  
Recóndita atracción;

Raudal en cuyas ondas  
Su sed la fiebre apaga;  
Descanso en que el espíritu

Recobra su vigor...  
¡Tal es nuestra razón!

Con ambas siempre en lucha  
Y de ambas vencedor,  
Tan sólo al genio es dado  
A un yugo atar las dos.

#### IV

No digáis que agotado su tesoro,  
De asuntos falta, enmudeció la lira:  
Podrá no haber poetas; pero siempre  
Habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso  
Palpiten encendidas;  
Mientras el sol las desgarradas nubes  
De fuego y oro vista;

Mientras el aire en su regazo lleve  
Perfumes y armonías;  
Mientras haya en el mundo primavera,  
¡Habrá poesía!

Mientras la humana ciencia no descubra  
Las fuentes de la vida,  
Y en el mar o en el cielo haya un abismo  
Que al cálculo resista;

Mientras la humanidad siempre avanzando

No se sepa a dó camina;  
Mientras haya un misterio para el hombre,  
¡Habrà poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,  
Sin que los labios rían;  
Mientras se llore sin que el llanto acuda  
A nublar la pupila;

Mientras el corazón y la cabeza  
Batallando prosigan;  
Mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡Habrà poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen  
Los ojos que los miran;  
Mientras responda el labio suspirando  
Al labio que suspira;

Mientras sentirse puedan en un beso  
Dos almas confundidas;  
Mientras exista una mujer hermosa,  
¡Habrà poesía!

V

Epíritu sin nombre,  
Indefinible esencia,  
Yo vivo con la vida  
Sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,  
Del sol tiemblo en la hoguera,  
Palpito entre las sombras  
Y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro  
De la lejana estrella;  
Yo soy de la alta luna  
La luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube  
Que en el ocaso ondea;  
Yo soy del astro errante  
La luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,  
Soy fuego en las arenas,  
Azul onda en los mares,  
Y espuma en las riberas.

En el laúd soy nota,  
Perfume en la violeta,  
Fugaz llama en las tumbas,  
Y en las ruinas hiedra.

Yo atrueno en el torrente,  
Y silbo en la centella,  
Y ciego en el relámpago,  
Y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores,  
Susurro en la alta yerba,

Suspiro en la onda pura,  
Y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos  
del humo que se eleva  
Y al cielo lento sube  
En espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos  
Que los insectos cuelgan,  
Me mezclo entre los árboles  
En la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas  
Que en la corriente fresca  
Del cristalino arroyo  
Desnudas juegan.

Yo, en bosques de corales,  
Que alfombran blancas perlas,  
Persigo en el Océano  
Las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas,  
Dó el sol nunca penetra,  
Mezclándome a los gnomos,  
Contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos  
Las ya borradas huellas,  
Y sé de esos imperios  
De que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo  
Los mundos que voltean,  
Y mi pupila abarca  
La Creación entera.

Yo sé de esas regiones  
A dó un rumor no llega,  
Y donde informes astros  
De vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo  
El puente que atraviesa;  
Yo soy la ignota escala  
Que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible  
Anillo que sujeta  
El mundo de la forma  
Al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,  
Desconocida esencia,  
Perfume misterioso  
De que es vaso el poeta.

VI

Como la brisa que la sangre orea  
Sobre el oscuro campo de batalla,  
Cargada de perfumes y armonías

En el silencio de la noche vaga;

Símbolo del dolor y la ternura,  
Del bardo inglés en el horrible drama,  
La dulce Ofelia, la razón perdida,  
Cogiendo flores y cantando pasa.

## VII

Del salón en el ángulo oscuro,  
De su dueña tal vez olvidada,  
Silenciosa y cubierta de polvo  
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,  
Como el pájaro duerme en las ramas,  
Esperando la mano de nieve  
Que sabe arrancarla!

¡Ay! -pensé- ¡cuántas veces el genio  
Así duerme en el fondo del alma,  
Y una voz como Lázaro, espera  
Que le diga "¡Levántate y anda!"

## VIII

Cuando miro el azul horizonte  
Perderse a lo lejos,  
Al través de una gasa de polvo  
Dorado e inquieto,

Se me antoja posible arrancarme  
Del mísero suelo,  
Y flotar con la niebla dorada  
En átomos leves  
Cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo  
Oscuro del cielo  
Las estrellas temblar, como ardientes  
Pupilas de fuego,  
Se me antoja posible a dó brillan  
Subir en un vuelo,  
Y anegarme en su luz, y con ellas  
En lumbre encendido  
Fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo  
Ni aun sé lo que creo;  
¡Sin embargo, estas ansias me dicen  
Que yo llevo algo  
Divino aquí dentro!...

IX

Besa el aura que gime blandamente  
Las leves ondas que jugando riza;  
El sol besa a la nube en Occidente  
Y de púrpura y oro la matiza;  
La llama en derredor del trono ardiente  
Por besar a otra llama se desliza,  
Y hasta el sauce, inclinándose a su peso,

Al río que lo besa, vuelve un beso.

Los invisibles átomos del aire  
En derredor palpitan y se inflaman;  
El cielo se deshace en rayos de oro;  
La tierra se estremece alborozada;  
Oigo flotando en olas de armonía  
Rumor de besos y batir de alas;  
Mis párpados se cierran... "Qué sucede?  
Díme... ¡Silencio! Es el amor que pasa.

XI

-Yo soy ardiente, yo soy morena,  
Yo soy el símbolo de la pasión;  
De ansia de goces mi alma está llena.  
"A mí me buscas? -No es a ti; no.

-Mi frente es pálida; mis trenzas, de oro;  
Puedo brindarte dichas sin fin;  
Yo de ternura guardo un tesoro.  
"A mí me llamas? -No; no es a ti.

-Yo soy un sueño, un imposible,  
Vano fantasma de niebla y luz;  
Soy incorpórea, soy intangible;  
No puedo amarte. -¡Oh, ven, ven tú!

XII

Porque son, niña, tus ojos  
Verdes como el mar, te quejas;  
Verdes los tienen las náyades,  
Verdes los tuvo Minerva,  
Y verdes son las pupilas  
De las hurís del Profeta.

El verde es gala y ornato  
Del bosque en la primavera;  
Entre los siete colores  
Brillante el iris lo ostenta;  
Las esmeraldas son verdes,  
Verde el color del que espera,  
Y las ondas del Océano,  
Y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana  
Rosa de escarcha cubierta,  
En que el carmín de los pétalos  
Se ve al través de las perlas.  
Y, sin embargo,  
Sé que te quejas

Porque tus ojos  
Crees que la afean:  
Pues no lo creas;  
Que parecen sus pupilas,  
Húmedas, verdes e inquietas,  
Tempranas hojas de almendro,  
Que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes

Purpúrea granada abierta,  
Que en el estío convida  
A apagar la sed en ella.  
Y, sin embargo  
Sé que te quejas,  
Porque tus ojos  
Crees que la afean;  
Pues no lo creas:  
Que parecen, si enojada  
Tus pupilas centellean,  
Las olas del mar que rompen  
En las cantábricas peñas.

Es tu frente, que corona  
Crespo el oro en ancha trenza,  
Nevada cumbre en que el día  
Su postrera luz refleja.  
Y, sin embargo  
Sé que te quejas,  
Porque tus ojos  
Crees que la afean:  
Pues no lo creas;  
Que, entre las rubias pestañas,  
Junto a las sienes semejan  
Broches de esmeralda y oro,  
Que un blanco armiño sujetan.

Porque son, niña, tus ojos  
Verdes como el mar, te quejas...;  
Quizás, si negros o azules  
Se tornasen, lo sintieras.

XIII

Tu pupila es azul, y, cuando ríes,  
Su claridad suave me recuerda  
El trémulo fulgor de la mañana  
Que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y, cuando lloras,  
Las transparentes lágrimas en ella  
Se me figuran gotas de rocío  
Sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y, si en su fondo  
Como un punto de luz radia una idea,  
Me parece en el cielo de la tarde  
¡Una perdida estrella!

XIV

Te vi un punto, y, flotando ante mis ojos,  
La imagen de tus ojos se quedó,  
Como la mancha oscura, orlada en fuego,  
Que flota y ciega, si se mira al sol.

Adonde quiera que la vista clavo,  
Torno a ver tus pupilas llamear;  
Y no te encuentro a ti, no; es tu mirada:  
Unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro,

Desasidos fantásticos lucir;  
Cuando duermo los siento que se ciernen  
De par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche  
Llevan al caminante a perecer:  
Yo me siento arrastrado por tus ojos,  
Pero adónde me arrastran, no lo sé.

XV

Cendal flotante de leve bruma,  
Rizada cinta de blanca espuma,  
Rumor sonoro  
De arpa de oro,  
Beso del aura, onda de luz:  
Eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
Voy a tocarte, te desvaneces  
Como la llama, como el sonido,  
Como la niebla, como el gemido  
Del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,  
En el vacío cometa errante,  
Largo lamento  
Del ronco viento,  
Ansia perpetua de algo mejor:  
Eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos en mi agonía  
Los ojos vuelvo de noche y día;  
Yo, que incansable corro y demente  
Tras una sombra, tras la hija ardiente  
De una visión!

XVI

Si al mecer las azules campanillas  
De tu balcón,  
Crees que suspirando pasa el viento  
Murmurador,  
Sabe que, oculto entre las verdes hojas,  
Suspiro yo.

Si al resonar confuso en tus espaldas  
Vago rumor.  
Crees que por tu nombre te ha llamado  
Lejana voz.  
Sabe que, entre las sombras que te cercan,  
Te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche  
Tu corazón,  
Al sentir en tus labios un aliento  
Abrasador  
Sabe que, aunque invisible, al lado tuyo  
Respiro yo.

XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonrían;  
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;  
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...  
¡Hoy creo en Dios!

XVIII

Fatigada del baile,  
Encendido el color, breve el aliento,  
Apoyada en mi brazo,  
Del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa  
Que levantaba el palpitante seno,  
Una flor se mecía  
En compasado y dulce movimiento.

Como en cuna de nácar  
Que empuja el mar y que acaricia el céfiro,  
Dormir parecía al blando  
Arrullo de sus labios entreabiertos.

- ¡Oh! ¡Quién así -pensaba-  
Dejar pudiera deslizarse el tiempo!  
¡Oh, si las flores duermen,  
Qué dulcísimo sueño!

XIX

Cuando sobre el pecho inclinas  
La melancólica frente,  
Una azucena tronchada  
Me pareces.

Porque al darte la pureza,  
De que es símbolo celeste,  
Como a ella, te hizo Dios  
De oro y nieve.

XX

Sabe, si alguna vez tus labios rojos  
Quema invisible atmósfera abrasada,  
Que el alma que hablar puede con los ojos,  
También puede besar con la mirada.

XXI

-"Qué es poesía? -dices mientras clavas  
En mi pupila tu pupila azul;  
"Qué es poesía? "Y tú me lo preguntas?  
Poesía... ¡eres tú!

XXII

"Cómo vive esa rosa que has prendido  
junto a tu corazón?  
Sobre un volcán, hasta encontrarla ahora,

Nunca he visto una flor.

XXIII

Por una mirada, un mundo;  
Por una sonrisa, un cielo;  
Por un beso... ¡yo no sé  
Qué te diera por un beso!

XXIV

Dos rojas lenguas de fuego  
Que, a un mismo tronco enlazadas,  
Se aproximan, y al besarse  
Forman una sola llama;

Dos notas que del laúd  
A un tiempo la mano arranca,  
Y en el espacio se encuentran  
Y armoniosas se abrazan;

Dos olas que vienen juntas  
A morir sobre una playa,  
Y que al romper se coronan  
Con un penacho de plata;

Dos jirones de vapor  
Que del lago se levantan,  
Y al reunirse en el cielo  
Forman una nube blanca;

Dos ideas que al par brotan,  
Dos besos que a un tiempo estallan,  
Dos ecos que se confunden...  
Eso son nuestras dos almas.

XXV

Cuando en la noche te envuelven  
Las alas de tul del sueño,  
Y tus tendidas pestañas  
Semejan arcos de ébano;  
Por escuchar los latidos  
De tu corazón inquieto  
Y reclinar tu dormida  
Cabeza sobre mi pecho,  
Diera, alma mía,  
Cuanto poseo:  
¡La luz, el aire  
Y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos  
En un invisible objeto,  
Y tus labios ilumina  
De una sonrisa el reflejo;  
Por leer sobre tu frente  
El callado pensamiento  
Que pasa como la nube  
Del mar sobre el ancho espejo,  
Diera, alma mía,  
Cuanto deseo:

¡La fama, el oro,  
La gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua  
Y se apresura tu aliento,  
Y tus mejillas se encienden,  
Y entornas tus ojos negros;  
Por ver entre tus pestañas  
Brillar con húmedo fuego  
La ardiente chispa que brota  
Del volcán de los deseos,  
Diera, alma mía,  
Por cuanto espero,  
¡La fe, el espíritu,  
La tierra, el cielo!

XXVI

Voy contra mi interés al confesarlo;  
No obstante, amada mía  
Pienso, cual tú, que una oda sólo es buena  
De un billete de Banco al dorso escrita.  
No faltará algún necio que al oírlo  
Se haga cruces y diga:  
"Mujer al fin del siglo diez y nueve.  
Material y prosaica..." ¡Bobería!  
¡Voces que hacen correr cuatro poetas  
Que en invierno se embozan con la lira!  
¡Ladridos de los perros a la luna!  
Tú sabes y yo sé que en esta vida,  
Con genio, es muy contado el que la escribe,

Y, con oro, cualquiera hace poesía.

XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte;  
Dormida, me atrevo a verte;  
Por eso, alma de mi alma,  
Yo velo mientras tú duermes.

Despierta, ríes, y, al reír, tus labios  
Inquietos me parecen  
Relámpagos de grana que serpean  
Sobre un cielo de nieve.

Dormida, los extremos de tu boca  
Pliega sonrisa leve,  
Suave como el rastro luminoso  
Que deja un sol que muere...  
-¡Duerme!

Despierta, miras, y, al mirar, tus ojos  
Húmedos resplandecen  
Como la onda azul, en cuya cresta  
Chispeando el sol hiere.

Al través de tus párpados, dormida,  
Tranquilo fulgor viertes,  
Cual derrama de luz templado rayo  
Lámpara transparente...

-¡Duerme!

Despierta, hablas, y, al hablar, vibrantes  
Tus palabras parecen  
Lluvia de perlas que en dorada copa  
Se derrama a torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento,  
Acompasado y tenue,  
Escucho yo un poema que mi alma  
Enamorada entiende...

-¡Duerme!

Sobre el corazón la mano  
Me he puesto, porque no suene  
Su latido, y de la noche  
Turbe la calma solemne.

De tu balcón las persianas  
Cerré ya, porque no entre  
El resplandor enojoso  
De la aurora, y te despierte...

-¡Duerme!

XXVIII

Cuando entre la sombra oscura  
Perdida una voz murmura  
Turbando su triste calma,  
Si en el fondo de mi alma  
La oigo dulce resonar;

Díme: ¿es que el viento en sus giros  
Se queja, o que tus suspiros  
Me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana  
Rojo brilla a la mañana,  
Y mi amor tu sombra evoca,  
Si en mi boca de otra boca  
Sentir creo la impresión;  
Díme: ¿es que ciego deliro  
O que un beso en un suspiro  
Me envía tu corazón?

Si en el luminoso día  
y en la alta noche sombría;  
Si en todo cuanto rodea  
Al alma que te desea  
Te Creo sentir y ver;  
Díme: ¿es que toco y respiro  
Soñando, o que en un suspiro  
Me das tu aliento a beber?

XXIX

Sobre la falda tenía  
El libro abierto;  
En mi mejilla tocaban  
Sus rizos negros;  
No veíamos las letras  
Ninguno, creo;  
Mas guardábamos entrambos

Hondo silencio.  
"Cuánto duró? Ni aun entonces  
Pude saberlo.  
Solo sé que no oía  
Más que el aliento,  
Que apresurado escapaba  
Del labio seco.  
Sólo sé que nos volvimos  
Los dos a un tiempo.  
Y nuestros ojos se hallaron,  
Y sonó un beso.

Creación de Dante era el libro,  
Era su Infierno.  
Cuando a él bajamos los ojos,  
Yo dije trémulo:  
-"Comprendes ya que un poema  
Cabe en un verso?  
Y ella respondió encendida:  
-¡Ya lo comprendo!

XXX

Asomaba a sus ojos una lágrima  
Y a mi labio una frase de perdón;  
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,  
Y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;  
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,  
Yo digo aún: ""Por qué callé aquel día?"

Y ella dirá: "Por qué no lloré yo?"

XXXI

Nuestra pasión fue un trágico sainete  
En cuya absurda fábula  
Lo cómico y lo grave confundidos  
Risas y llanto arrancan

Pero fue lo peor de aquella historia  
Que, al fin de la jornada,  
A ella tocaron lágrimas y risas,  
¡Y a mí sólo las lágrimas!

XXXII

Pasaba arrolladora en su hermosura,  
Y el paso le dejé;  
Ni aun a mirarla me volví, y no obstante  
Algo a mi oído murmuró "Esa es".

"Quién reunió la tarde a la mañana?  
Lo ignoro; sólo sé  
Que en una breve noche de verano  
Se unieron los crepúsculos, y... "fue".

XXXIII

Es cuestión de palabras, y no obstante

Ni tú ni yo jamás,  
Después de lo pasado, convendremos  
En quién la culpa está.

¡Lástima que el amor un diccionario  
No tenga dónde hallar  
Cuándo el orgullo es simplemente orgullo,  
Y cuándo es dignidad!

XXXIV

Cruza callada, y son sus movimientos  
Silenciosa armonía;  
Suenan sus pasos y al sonar recuerdan  
Del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos  
Tan claros como el día;  
Y la tierra y el cielo, cuanto abarcan,  
Arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas  
Del agua fugitiva:  
Llora, y es cada lágrima un poema  
De ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,  
El color y la línea,  
La forma, engendradora de deseos,  
La expresión, fuente eterna de poesía.

"Que es estúpida?... ¡Bah!, mientras callando,  
Guarde oscuro el enigma,  
Siempre valdrá, a mi ver, lo que ella calla  
Más que lo que cualquiera otra me diga.

XXXV

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día  
Me admiró tu cariño mucho más;  
Porque lo que hay en mí que vale algo,  
Eso... ¡ni lo pudiste sospechar!

XXXVI

Si de nuestros agravios en un libro  
Se escribiese la historia,  
Y se borrara en nuestras almas cuanto  
Se borrara en sus hojas;

Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho  
Tu amor huellas tan hondas,  
Que sólo con que tú borras una,  
¡Las borraba yo todas!

XXXVII

Antes que tú me moriré: escondido  
En las entrañas ya  
El hierro llevo con que abrió tu mano

La ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré: y mi espíritu,  
En su empeño tenaz,  
Se sentará a las puertas de la muerte  
Que llames a esperar.

Con las horas los días, con los días  
Los años volarán,  
Y a aquella puerta llamarás al cabo...  
"Quién deja de llamar?"

Entonces, que tu culpa y tus despojos  
La tierra guardará,  
Lavándote, en las ondas de la muerte  
Como en otro Jordán;

Allí, donde el murmullo de la vida  
temblando a morir va,  
Como la ola que a la playa viene  
Silenciosa a expirar;

Allí, donde el sepulcro que se cierra  
Abre una eternidad...  
¡Todo lo que los dos hemos callado  
Allí lo hemos de hablar!

XXXVIII

Los suspiros son aire y van al aire,  
Las lágrimas son agua y van al mar.

Díme, mujer: cuando el amor se olvida,  
"Sabes tú adónde va?

XXXIX

"A qué me lo decis? Lo sé: es mudable,  
Es altanera y vana y caprichosa;  
Antes que el sentimiento de su alma,  
Brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,  
No hay una fibra que al amor responda;  
Que es una estatua inanimada... pero...  
¡Es tan hermosa!

XL

Su mano entre mis manos,  
Sus ojos en mis ojos,  
La amorosa cabeza  
Apoyada en mi hombro,  
¡Dios sabe cuántas veces,  
Con paso perezoso,  
Hemos vagado juntos  
Bajo los altos olmos  
Que de su casa prestan  
Misterio y sombra al pórtico!

Y ayer... un año apenas,  
Pasado como un soplo,

Con qué exquisita gracia,  
Con qué admirable aplomo,  
Me dijo, al presentarnos  
Un amigo oficioso:  
-Creo que en alguna parte  
He visto a usted. -¡Ah! bobos,  
Que sois de los salones  
Comadres de buen tono,

Y andáis por allí a caza  
De galantes embrollos:  
¡Que historia habéis perdido!  
¡Qué manjar tan sabroso  
Para ser devorado  
Sotto voce en un corro,  
Detrás del abanico  
De plumas y de oro!

¡Discreta y casta luna,  
Copudos y altos olmos,  
Paredes de su casa,  
Umbrales de su pórtico,  
Callad, y que el secreto  
No salga de vosotros!  
Callad; que por mi parte  
Lo he olvidado todo:  
Y ella... ella... ¡no hay máscara  
Semejante a su rostro!

Tú eras el huracán, y yo la alta  
Torre que desafía su poder:  
¡Tenías que estrellarte o que abatirme!...  
¡No podía ser!

Tú eras el Oceano y yo la enhiesta  
Roca que firme aguarda su vaivén;  
¡Tenías que romperte o que arrancarme!...  
¡No podía ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados  
Uno a arrollar, el otro a no ceder;  
La senda estrecha, inevitable el choque...  
¡No podía ser!

## XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío  
De una hoja de acero en las entrañas;  
Me apoyé contra el muro, y un instante  
La conciencia perdí de dónde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche;  
En ira y en piedad se anegó el alma...  
¡Y se me reveló por qué se llora,  
Y comprendí una vez por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... Con pena  
Logré balbucear unas palabras...  
"Y qué había que hacer? Era un amigo..."

¡Me había hecho un favor!... Le di las gracias.

XLIII

Dejé la luz a un lado, y en el borde  
De la revuelta cama me senté,  
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil  
Clavada en la pared.

“Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme  
La embriaguez horrible del dolor,  
Expiraba la luz, y en mis balcones  
Reía el sol.

Ni sé tampoco en tan horribles horas  
En qué pensaba o qué pasó por mí;  
Sólo recuerdo que lloré y maldije,  
Y que en aquella noche envejecí.

XLIV

Como en un libro abierto  
Leo de tus pupilas en el fondo;  
“A qué fingir el labio  
Risas que se desmienten en los ojos?

¡Llora! No te avergüences  
De confesar que me has querido un poco.  
¡Llora! Nadie nos mira.  
Ya ves: yo soy un hombre... ¡y también lloro!

XLV

En la clave del arco ruinoso,  
Cuyas piedras el tiempo enrojeció,  
Obra de un cincel rudo, campeaba  
El gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,  
La hiedra que colgaba en derredor  
Daba sombra al escudo, en que una mano  
Tenía un corazón.

A contemplarlo en la desierta plaza  
Nos paramos los dos:  
Y "Ese -me dijo- es el cabal emblema  
De mi constante amor".

¡Ay! es verdad lo que me dijo entonces:  
Verdad que el corazón  
Lo llevará en la mano... en cualquier parte...  
Pero en el pecho, no.

XLVI

Me ha herido recatándose en las sombras,  
Sellando con un beso su traición.  
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda  
Partióme a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,  
Feliz, risueña, impávida; "y por qué?  
Porque no brota sangre de la herida...  
¡Porque el muerto está en pie!

XLVII

Yo me he asomado a las profundas simas  
De la tierra y del cielo.  
Y les he visto el fin o con los ojos  
O con el pensamiento.

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo  
Y me incliné un momento,  
Y mi alma y mis ojos se turbaron:  
¡Tan hondo era y tan negro!

XLVIII

Como se arranca el hierro de una herida,  
Su amor de las entrañas me arranqué,  
Aunque sentí al hacerlo que la vida  
Me arrancaba con él.

Del altar que le alcé en el alma mía  
La voluntad su imagen arrojó,  
Y la luz de la fe que en ella ardía  
Ante el ara desierta se apagó.

Aun turbando en la noche el firme empeño

Viene en la idea su visión tenaz...  
¡Cuándo podré dormir con ese sueño  
En que acaba el soñar!

XLIX

Alguna vez la encuentro por el mundo  
Y pasa junto a mí;  
Y pasa sonriéndose, y yo digo:  
"Cómo puede reír?"

Luego asoma a mi labio otra sonrisa,  
Máscara del dolor,  
Y entonces pienso: -¡Acaso ella se ríe  
Como me río yo!

L

Lo que el salvaje que con torpe mano  
Hace de un tronco a su capricho un dios,  
Y luego ante su sombra se arrodilla,  
Eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales a un fantasma,  
De la mente ridícula invención,  
Y hecho el ídolo ya, sacrificamos  
En su altar nuestro amor.

LI

De lo poco de vida que me resta  
Diera con gusto los mejores años,  
Por saber lo que a otros  
De mí has hablado.

Y esta vida mortal... y de la eterna  
Lo que me toque, si me toca algo,  
Por saber lo que a solas  
De mí has pensado.

LII

Olas gigantes que os rompéis bramando  
En las playas desiertas y remotas,  
Envuelto entre las sábanas de espuma,  
¡Llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán, que arrebatáis  
Del alto bosque las marchitas hojas,  
Arrastrado en el ciego torbellino  
¡Llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad, que rompe el rayo  
Y en fuego encienden las sangrientas orlas,  
Arrebatado entre la niebla oscura,  
¡Llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, adonde el vértigo  
Con la razón me arranque la memoria...  
¡Por piedad!... Tengo miedo de quedarme

Con mi dolor a solas!

LIII

Volverán las oscuras golondrinas  
En tu balcón sus nidos a colgar,  
Y otra vez con el ala a sus cristales  
Jugando llamarán;

Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
Tu hermosura y mi dicha a contemplar,  
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas  
De tu jardín las tapias a escalar  
Y otra vez a la tarde, aun más hermosas,  
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío  
Cuyas gotas mirábamos temblar  
Y caer, como lágrimas del día...  
Esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
Las palabras ardientes a sonar;  
Tu corazón de su profundo sueño  
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas.  
Como se adora a Dios ante su altar,

Como yo te he querido... desengáñate,  
¡Así no te querrán!

LIV

Cuando volvemos las fugaces horas  
Del pasado a evocar,  
Temblando brilla en sus pestañas negras  
Una lágrima pronta a resbalar.

Y al fin resbala, y cae como gota  
De rocío, al pensar  
Que, cual hoy por ayer, por hoy mañana,  
Volveremos los dos a suspirar.

LV

Entre el disorde estruendo de la orgía  
Acarició mi oído,  
Como nota de música lejana,  
El eco de un suspiro.

El eco de un suspiro que conozco,  
Formado de un aliento que he bebido,  
Perfume de una flor, que oculta crece  
En un claustro sombrío.

Mi adorada de un día, cariñosa,  
-“En qué piensas? -me dijo.  
-En nada... -“En nada y lloras? -Es que tengo

Alegre la tristeza y triste el vino.

LVI

Hoy como ayer, mañana como hoy,

Y ¡siempre igual!

Un cielo gris, un horizonte eterno,

Y ¡andar... andar!

Moviéndose a compás, como una estúpida

Máquina, el corazón;

La torpe inteligencia, del cerebro

Dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,

Buscándolo sin fe;

Fatiga sin objeto, ola que rueda

Ignorando por qué.

Voz que incesante con el mismo tono

Canta el mismo cantar;

Gota de agua monótona que cae,

Y cae sin cesar.

Así van deslizándose los días

Unos de otros en pos,

Hoy lo mismo que ayer, probablemente

Mañana como hoy.

¡Ay!, a veces me acuerdo suspirando

Del antiguo sufrir...

Amargo es el dolor; pero siquiera  
¡Padecer es vivir!

LVII

Este armazón de huesos y pellejo,  
De pasear una cabeza loca  
Cansado se halla al fin, y no lo extraño;  
Porque aunque es la verdad que no soy viejo,  
De la parte de vida que me toca  
En la vida del mundo, por mi daño  
He hecho un uso tal, que juraría  
Que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera,  
No podría decir que no he vivido;  
Que el sayo, al parecer nuevo por fuera,  
Conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí; ¡pese a mi estrella!  
Harto lo dice ya mi afán doliente;  
Que hay dolor que, al pasar, su horrible huella  
Graba en el corazón, si no en la frente.

LVIII

“Quieres que de ese néctar delicioso  
No te amargue la hez?  
Pues aspíralo, acércalo a tus labios,  
Y déjalo después.

"Quieres que conservemos una dulce  
Memoria de este amor?  
Pues amémonos hoy mucho , y mañana  
Digámonos ¡adiós!

LIX

Yo sé cual el objeto  
De tus suspiros es;  
Yo conozco la causa de tu dulce  
Secreta languidez,  
"Te ríes?... Algún día  
Sabrás, niña, por qué:  
Tú lo sabes apenas,  
Y yo lo sé.

Yo sé cuando tú sueñas,  
Y lo que en sueños ves;  
Como en un libro puedo lo que callas  
En tu frente leer.  
"Te ríes...? Algún día  
Sabrás, niña, por qué:  
Tú lo sabes apenas,  
Y yo lo sé.

Yo sé por qué sonrías  
Y lloras a la vez;  
Yo penetro en los senos misteriosos  
De tu alma de mujer.  
"Te ríes ... ? Algún día,

Sabrás, niña, por qué:  
Mientras tú sientes mucho y nada sabes,  
Yo, que no siento ya, todo lo sé.

LX

Mi vida es un erial:  
Flor que toco se deshoja;  
Que, en mi camino fatal,  
Alguien va sembrando el mal  
Para que yo lo recoja.

LXI

Al ver mis horas de fiebre  
E insomnio lentas pasar,  
A la orilla de mi lecho,  
"Quién se sentará?

Cuando la trémula mano  
Tienda, próximo a expirar,  
Buscando una mano amiga,  
"Quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie  
De mis ojos el cristal,  
Mis párpados aún abiertos,  
"Quién los cerrará?

Cuando la campana suene

(Si suena en mi funeral),  
Una oración al oírla,  
"Quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos  
Oprima la tierra ya,  
Sobre la olvidada fosa,  
"Quién vendrá a llorar?

"Quién, en fin, al otro día,  
Cuando el sol vuelva a brillar,  
De que pasé por el mundo,  
"Quién se acordará?

## LXII

Primero es un albor trémulo y vago,  
Raya de inquieta luz que corta el mar;  
Luego chispea, crece y se difunde  
En gigante explosión de claridad.

La brilladora lumbre es la alegría;  
La temerosa sombra es el pesar;  
¡Ay!, en la oscura noche de mi alma  
"Cuándo amanecerá?

## LXIII

Como enjambre de abejas irritadas,  
De un oscuro rincón de la memoria

Salen a perseguirme los recuerdos  
De las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!  
Me rodean, me acosan,  
Y unos tras otros a clavarme vienen  
El agudo aguijón que el alma encona.

LXIV

Como guarda el avaro su tesoro,  
Guardaba mi dolor;  
Le quería probar que hay algo eterno  
A la que eterno me juró su amor.

Mas hoy lo llamo en vano, y oigo al tiempo  
Que lo acabó, decir:  
-¡Ah, barro miserable, eternamente  
No podrás ni aun sufrir!

LXV

Llegó la noche y no encontré un asilo;  
¡Y tuve sed!... Mis lágrimas bebí;  
¡Y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos  
Cerré para morir!

“Estaba en un desierto? Aunque a mi oído  
De las turbas llegaba el ronco hervir,  
Yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba

Desierto... para mí!

LXVI

"De dónde vengo?... El más horrible y áspero  
De los senderos busca;  
Las huellas de unos pies ensangrentados  
Sobre la roca dura;  
Los despojos de un alma hecha jirones  
En las zarzas agudas,  
Te dirán el camino  
Que conduce a mi cuna.

"A dónde voy? El más sombrío y triste  
De los páramos cruza;  
Valle de eternas nieves y de eternas  
Melancólicas brumas.  
En donde esté una piedra solitaria  
Sin inscripción alguna,  
Donde habite el olvido,  
Allí estará mi tumba.

LXVII

¡Qué hermoso es ver el día  
Coronado de fuego levantarse,  
Y a su beso de lumbre  
Brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es, tras la lluvia

Del triste otoño en la azulada tarde,  
De las húmedas flores  
El perfume beber hasta saciarse!

¡Qué hermoso es, cuando en copos  
La blanca nieve silenciosa cae,  
De las inquietas llamas  
Ver las rojizas lenguas agitarse!

¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,  
Dormir bien... y roncar como un sochantre...  
Y comer... y, engordar!... ¡y qué fortuna  
Que esto sólo no baste!

LXVIII

No sé lo que he soñado  
En la noche pasada;  
Triste, muy triste debió ser el sueño,  
Pues despierto la angustia me duraba.

Noté, al incorporarme,  
Húmeda la almohada,  
Y por primera vez sentí, al notarlo,  
De un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño  
Que llanto nos arranca.  
Mas tengo en mi tristeza una alegría...  
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

LXIX

Al, brillar un relámpago nacemos,  
Y aún dura su fulgor cuando morimos:  
¡Tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corremos,  
Sombras de un sueño son que perseguimos:  
¡Despertar es morir!

LXX

¡Cuántas veces al pie de las musgosas  
Paredes que la guardan,  
Oí la esquila que al mediar la noche  
A los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi silueta  
La luna plateada,  
Junto a la del ciprés que de su huerto  
Se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía,  
De su ojiva calada,  
¡Cuántas veces temblar sobre los vidrios  
Vi el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros  
De la torre silbara,  
Del coro entre las voces percibía

Su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso  
Por la desierta plaza  
Se atrevía a cruzar, al divisarme,  
El paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno  
Dijese, a la mañana,  
Que de algún sacristán muerto en pecado  
Acaso era yo el alma.

A oscuras conocía los rincones  
Del atrio y la portada;  
De mis pies las ortigas que allí crecen  
Las huellas tal vez guardan.

Los búhos, que espantados me seguían  
Con sus ojos de llamas,  
Llegaron a mirarme, con el tiempo,  
Como a un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles  
Se movían a rastras;  
¡Hasta los mudos santos de granito  
Creo que me saludaban!

LXXI

No dormía; vagaba en ese limbo  
En que cambian de forma los objetos,

Misteriosos espacios que separan  
La vigilia del sueño.

Las ideas, que en ronda silenciosa  
Daban vueltas en torno a mi cerebro.  
Poco a poco en su danza se movían  
Con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos,  
Los párpados velaban el reflejo;  
Pero otra luz el mundo de visiones  
Alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído  
Un rumor semejante al que en el templo  
Vaga confuso, al terminar los fieles  
Con su Amén sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste  
Que por mi nombre me llamó a lo lejos,  
Y sentí olor a cirios apagados,  
De humedad y de incienso.

Entró la noche, y del olvido en brazos  
Caí, cual piedra, en su profundo seno;  
No obstante, al despertar exclamé: "¡Alguien  
Que yo quería ha muerto!"

LXXII

PRIMERA VOZ

-Las ondas tienen vaga armonía,  
Las violetas suave olor,  
Brumas de plata la noche fría,  
Luz y oro el día,  
Yo algo mejor:  
¡Yo tengo Amor!

#### SEGUNDA VOZ

-Aura de aplausos, nube radiosa,  
Ola de envidia que besa el pie,  
Isla de sueños donde reposa  
El alma ansiosa,  
¡Dulce embriaguez  
La Gloria es!

#### TERCERA VOZ

-Ascuá encendida es el tesoro,  
Sombra que huye la vanidad,  
Todo es mentira: la gloria, el oro.  
Lo que yo adoro  
Sólo es verdad:  
¡La Libertad!

Así los barqueros pasaban cantando  
La eterna canción,  
Y al golpe del remo saltaba la espuma  
Y heríala el sol.

-“Te embarcas?” -gritaban; y yo sonriendo

Les dije al pasar:

-Yo ya me he embarcado; por señas que aún tengo

La ropa en la playa tendida a secar.

LXXIII

Cerraron sus ojos

Que aún tenía abiertos;

Taparon su cara

Con un blanco lienzo;

Y unos sollozando,

Otros en silencio,

De la triste alcoba

Todos se salieron.

La luz, que en un vaso

Ardía en el suelo,

Al muro arrojaba

La sombra del lecho;

entre aquella sombra

Veíase, a intervalos,

Dibujarse rígida

La forma del cuerpo.

Despertaba el día,

Y a su albor primero,

Con sus mil ruidos

Despertaba el pueblo.

Ante aquel contraste

De vida y misterios,

De luz y tinieblas,

Yo pensé un momento:  
¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!

De la casa en hombros  
Lleváronla al templo,  
Y en una capilla  
Dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
Sus pálidos restos  
De amarillas velas  
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas  
El toque postrero,  
Acabó una vieja  
Sus últimos rezos;  
Cruzó la ancha nave,  
Las puertas gimieron,  
Y el santo recinto  
Quedóse desierto.

De un reloj se oía  
Compasado el péndulo,  
Y de algunos cirios  
El chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
Tan oscuro y yerto  
Todo se encontraba...  
Que pensé un momento:  
Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!

De la alta campana  
La lengua de hierro  
Le dio, volteando,  
Su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
Amigos y deudos  
Cruzaron en fila,  
Formando el cortejo.

Del último asilo,  
Oscuro y estrecho,  
Abrió la piqueta  
El nicho a un extremo.  
Allí la acostaron.  
Tapiáronle luego  
Y con un saludo  
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
El sepulturero,  
Cantando entre dientes,  
Se perdió a lo lejos.  
La noche se entraba,  
El sol se había puesto;  
Perdido en las sombras,  
Medité un momento:  
¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!

En las largas noches  
Del helado invierno,

Cuando las maderas  
Crujir hace el viento  
Y azota los vidrios  
El fuerte aguacero,  
De la pobre niña  
A veces me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
Con un son eterno,  
Allí la combate  
El soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
Tendida en el hueco,  
¡Acaso de frío  
Se hielan sus huesos!...

“Vuelve el polvo al polvo?  
“Vuela el alma al cielo?  
“Todo es, sin espíritu,  
Podredumbre y cieno?  
¡No sé; pero hay algo  
Que explicar no puedo,  
Algo que repugna,  
Aunque es fuerza hacerlo,  
A dejar tan tristes,  
Tan solos, los muertos!

LXXIV

Las ropas desceñidas,  
Desnudas las espadas,

En el dintel de oro de la puerta  
Dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros  
Que defienden la entrada,  
Y de las dobles rejas en el fondo  
La vi confusa y blanca.

La vi como la imagen  
Que en un ensueño pasa,  
Como un rayo de luz tenue y difuso  
Que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente  
Deseo llena el alma:  
¡Cómo atrae un abismo, aquel misterio  
Hacia sí me arrastraba!

Mas ¡ay! que de los ángeles  
Parecían decirme las miradas:  
-¡El umbral de esta puerta  
Sólo Dios lo traspasa!

LXXV

“Será verdad que, cuando toca el sueño  
con sus dedos de rosa nuestros ojos,  
De la cárcel que habita huye el espíritu  
En vuelo presuroso?

“Será verdad que, huésped de las nieblas,

De la brisa nocturna al tenue soplo,  
Alado sube a la región vacía  
A encontrarse con otros?

“Y allí, desnudo de la humana forma,  
Allí, los lazos terrenales rotos,  
Breves horas habita de la idea  
El mundo silencioso?

“Y ríe y llora, y aborrece y ama,  
Y guarda un rastro del dolor y el gozo,  
Semejante al que deja cuando cruza  
El cielo un meteoro?

¡Yo no sé si ese mundo de visiones  
Vive fuera o va dentro de nosotros;  
Pero sé que conozco a muchas gentes  
A quienes no conozco!

LXXVI

En la imponente nave  
Del templo bizantino  
Vi la gótica tumba, a la indecisa  
Luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,  
Y en las manos un libro,  
Una mujer hermosa reposaba  
Sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado  
Al dulce peso hundido,  
Cual si de blanda pluma y raso fuera  
Se plegaba su lecho de granito.

De la sonrisa última,  
El resplandor divino  
Guardaba el rostro, como el cielo guarda  
Del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra  
Sentados en el filo,  
Dos ángeles, el dedo sobre el labio,  
Imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;  
De los arcos macizos  
Parecía dormir en la penumbra,  
Y que en sueños veía el Paraíso.

Me acerqué de la nave  
Al ángulo sombrío,  
Con el callado paso que se llega  
Junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento;  
Y aquel resplandor tibio,  
Aquel lecho de piedra que ofrecía,  
Próximo al muro, otro lugar vacío,

En el alma avivaron  
La sed de lo infinito,

El ansia de esa vida de la muerte,  
Para la que un instante son los siglos...

Cansado del combate  
En que luchando vivo,  
Alguna vez me acuerdo con envidia  
De aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida  
Mujer me acuerdo y digo:  
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!  
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

LXXVII

Es un sueño la vida,  
Pero un sueño febril que dura un punto;  
Cuando de él se despierta,  
Se ve que todo es vanidad y humo...

¡Ojalá fuera un sueño  
Muy largo y muy profundo!  
¡Un sueño que durara hasta la muerte!  
Yo soñaría con mi amor y el tuyo.

LXXVIII

Una mujer envenenó mi alma;  
Otra mujer envenenó mi cuerpo;  
Ninguna de las dos vino a buscarme;

Yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda;

Si mañana, rodando, este veneno

Envenena, a su vez, "por qué acusarme?

"Puedo dar más de lo que a mí me dieron?

LXXIX

AMOR ETERNO

Podrá nublarse el sol eternamente;

Podrá secarse en un instante el mar;

Podrá romperse el eje de la tierra

Como un débil cristal.

¡Todo sucederá! Podrá la muerte

Cubrirme con su fúnebre crespón;

Pero jamás en mí podrá apagarse

La llama de tu amor.

LXXX

A CASTA

Tu aliento es el aliento de las flores;

Tu voz es de los cisnes la armonía;

Es tu mirada el esplendor del día,

Y el color de la rosa es tu color.

Tú prestas nueva vida y esperanza

A un corazón para el amor ya muerto;  
Tú creces de mi vida en el desierto  
Como crece en un páramo la flor.

LXXXI

#### A TODOS LOS SANTOS

Patriarcas que fuisteis la semilla  
Del árbol de la fe en siglos remotos,  
Al vencedor divino de la muerte  
Rogadle por nosotros.

Profetas que rasgasteis inspirados  
Del porvenir el velo misterioso,  
Al que sacó la luz de las tinieblas  
Rogadle por nosotros.

Almas candidas, Santos Inocentes  
Que aumentáis de los ángeles el coro,  
Al que llamó a los niños a su lado  
Rogadle por nosotros.

Apóstoles que echasteis en el mundo  
De la Iglesia el cimiento poderoso,  
Al que es de la verdad depositario  
Rogadle por nosotros.

Mártires que ganasteis vuestra palma  
En la arena del circo, en sangre rojo,  
Al que os dio fortaleza en los combates

Rogadle por nosotros.

Vírgenes semejantes a azucenas,  
Que el verano vistió de nieve y oro,  
Al que fuente de vida y hermosura  
Rogadle por nosotros.

Monjes que de la vida en el combate  
Pedisteis paz al claustro silencioso,  
Al que es iris de calma en las tormentas  
Rogadle por nosotros.

Doctores cuyas plumas nos legaron  
De virtud y saber rico tesoro,  
Al que es raudal de ciencia inextinguible  
Rogadle por nosotros.

Soldados del ejército de Cristo,  
Santas y Santos todos,  
Rogadle que perdone nuestras culpas  
A Aquel que vive y reina entre nosotros.

LXXXII

"No has sentido en la noche,  
Cuando reina la sombra,  
Una voz apagada que canta  
Y una inmensa tristeza que llora?

"No sentiste en tu oído de virgen  
Las silentes y trágicas notas

Que mis dedos de muerto arrancaban  
A la lira rota?

"No sentiste una lágrima mía  
Deslizarse en tu boca?

"Ni sentiste mi mano de nieve  
Estrechar a la tuya de rosa?

"No viste entre sueños  
Por el aire vagar una sombra,  
Ni sintieron tus labios un beso  
Que estalló misterioso en la alcoba?

Pues yo juro por ti, vida mía,  
Que te vi entre mis brazos, miedosa,  
Que sentí tu aliento de jazmín y nardo,  
Y tu boca pegada a mi boca.

LXXXIII

Yo me acogí, como perdido nauta,  
A una mujer para pedirla amor,  
Y fue su amor cansancio a mis sentidos,  
Hielo a mi corazón.

Y quedé de mi vida, en la carrera  
Que un mundo de esperanza ayer pobló,  
Como queda un viandante en el desierto:  
¡A solas con su Dios!

LXXXIV

¡Quién fuera luna,  
Quién fuera brisa,  
Quién fuera sol!

¡Quién del crepúsculo  
Fuera la hora,  
Quién el instante  
De tu oración;  
Quién fuera parte  
De la plegaria  
Que solitaria  
Mandas a Dios!

¡Quién fuera luna,  
Quién fuera brisa,  
Quién fuera sol!...

LXXXV

Apoyando mi frente calurosa  
En el frío cristal de la ventana,  
En el silencio de la oscura noche  
De su balcón mis ojos no apartaba.

En medio de la sombra misteriosa  
Su vidriera lucía iluminada,  
Dejando que mi vista penetrase  
En el puro santuario de su estancia.

Pálido como el mármol el semblante,  
La blonda cabellera destrenzada,  
Acariciando sus sedosas ondas,  
Sus hombros de alabastro y su garganta,  
Mis ojos la veían, y mis ojos  
Al verla tan hermosa, se turbaban.

Mirábase al espejo; dulcemente  
Sonreía a su bella imagen lánguida,  
Y sus mudas lisonjas al espejo  
Con un beso dulcísimo pagaba...

Mas la luz se apagó; la visión pura  
Desvaneciósese como sombra vana,  
Y dormido quedé, dándome celos  
El cristal que su boca acariciara.

LXXXVI

Si copia tu frente  
Del río cercano la pura corriente  
Y miras tu rostro de amor encendido,  
Soy yo, que me escondo  
Del agua en el fondo  
Y loco de amores a amar te convido;  
Soy yo, que en tu pecho buscando morada,  
Envío a tus ojos mi ardiente mirada,  
Mi llama divina...  
Y el fuego que siento la faz te ilumina.

Si en medio del valle

En tardo se trueca tu andar animado,  
Vacila tu planta, se pliega tu talle...  
Soy yo, dueño amado,  
Que en no vistos lazos  
De amor anhelante, te estrecho en mis brazos;  
Soy yo, quien te teje la alfombra florida  
Que vuelve a tu cuerpo la fuerza y la vida;  
Soy yo, que te sigo  
En las alas del viento soñando contigo.

Si estando en tu lecho  
Escuchas acaso celeste armonía  
Que llena de goces tu cándido pecho,  
Soy yo, vida mía...  
Soy yo, que levanto  
Al cielo tranquilo mi férvido canto;  
Soy yo, que los aires cruzando ligero  
Por un ignorado movable sendero,  
Ansioso de calma,  
Sediento de amores, penetro en tu alma.

LXXXVII

LA GOTA DE ROCIO

La gota de rocío que en el cáliz  
Duerme de la blanquísima azucena,  
Es el palacio de cristal en donde  
Vive el genio feliz de la pureza.  
El le da su misterio y poesía,  
El su aroma balsámico le presta;

¡Ay de la flor si de la luz al beso  
Se evapora esa perla!

LXXXVIII

Errante por el mundo fui gritando:  
"La gloria dónde está?"  
Y una voz misteriosa contestóme:  
"Más allá... más allá..."

En pos de ella seguí por el camino  
Que la voz me marcó;  
Halléla al fin, pero en aquel instante  
En humo se trocó.

Mas el humo, formando denso velo,  
Se empezó a remontar,  
Y penetrando en la azulada esfera  
Al cielo fue a parar.

LXXXIX

Flores tronchadas, marchitas hojas  
Arrastra el viento;  
En los espacios, tristes gemidos  
Arranca el eco.

Entre las nieblas de lo pasado,  
En las regiones del pensamiento,  
Gemidos tristes, marchitas galas

Son mis recuerdos.

XC

Es el alba una sombra.

De tu sonrisa,

Y un rayo de tus ojos

La luz del día;

Pero tu alma

Es la noche de invierno

Negra y helada.

XCI

Fingiendo realidades

Con sombra vana,

Delante del Deseo

Va la Esperanza;

Y sus mentiras

Como el Fénix renacen

De sus cenizas.

XCII

A ELISA

Para que los leas con tus ojos grises,

Para que los cantes con tu clara voz,

Para que llenen de emoción tu pecho

Hice mis versos yo.

Para que encuentren en tu pecho asilo  
Y les des juventud, vida, calor,  
Tres cosas que yo no puedo darles,  
Hice mis versos yo.

Para hacerte gozar con mi alegría,  
Para que sufras tú con mi dolor,  
Para que sientas palpitar mi vida,  
Hice mis versos yo.

Para poder poner ante tus plantas  
La ofrenda de mi vida y de mi amor,  
Con alma, sueños rotos, risas, lágrimas,  
Hice mis versos yo.

XCIII

Negros fantasmas,  
Nubes sombrías,  
Huyen ante el destello  
De luz divina.  
Esa luz santa  
Niña de ojos negros,  
Es la esperanza.

Al calor de sus rayos  
Mi fe gigante,  
Contra desdenes lucha  
Sin amenguarse.

En este empeño  
Es, si grande el martirio,  
Mayor el premio.

Y si aún muestras esquivo  
Alma de nieve,  
Si aún no me quisieras,  
Yo he de quererte.  
Mi amor es roca  
Donde se estrellan tímidas  
Del mar las olas.

XCIV

Yo soy el rayo, la dulce brisa;  
Lágrima ardiente, fresca sonrisa;  
Flor peregrina, rama tronchada;  
Yo soy quien vibra  
Flecha acerada.

Hay en mi esencia, como en las flores,  
De mis perfumes suaves vapores;  
Y su fragancia fascinadora  
Trastorna el alma de quien atora.

Yo mis aromas doquier prodigo,  
Y el más horrible dolor mitigo;  
Y en grato, dulce, tierno delirio,  
Cambio el más duro, cruel martirio.  
¡Ay!, yo encadeno los corazones,  
Mas son de flores mis eslabones.

Navego por los mares,  
Voy por el viento;  
Alejo los pesares  
Del pensamiento.  
Yo dicha o pena  
Reparto a los mortales  
Con faz serena.

Poder terrible, que en mis antojos  
Brotan sonrisas o brotan enojos;  
Poder que abrasa un alma helada,  
Si airado vibro  
Flecha acerada.

Doy las dulces sonrisas a las hermosas,  
Coloro sus mejillas de nieve y rosa;  
Humedezco sus labios, y a sus miradas  
Hago prometer dichas no imaginadas.  
Yo hago amable el reposo, grato, halagüeño,  
O alejo de los seres el dulce sueño.

Todo a mi poderío rinde homenaje,  
Todos a mi corona dan vasallaje;  
Soy amor, rey del mundo, niña tirana,  
Ámame, y tú la reina  
Serás mañana.